

También lo coloca con Aurelio de Antedón y Alejo de Bethagathón entre aquellos que de su tiempo eran honrados todos los años en la Palestina con fiestas públicas, porque habían contribuido mucho, tanto por el ardor con que habían abrazado el cristianismo como por su insigne piedad, á fomentar la religión á su país, cuyo pueblo era en extremo fanático por la idolatría. Por el modo como se expresa parece que habían abrazado el estado monástico.

Los de la familia de Alaphión, de los cuales dice Sozomeno que aun había conocido á algunos muy adelantados en edad, se distinguieron por la eminencia de su piedad. Ellos fueron los primeros que construyeron iglesias y fundaron monasterios en estas regiones, y los hicieron célebres por el buen orden que en ellos se veía, y por la caridad que allí se ejercía para con los forasteros y con los pobres.

Salamán, Physéon, Malaquión y Crispión, habían salido de una casa noble que probablemente era la de Alaphion. Estos que eran hermanos por nacimiento, lo fueron después según el espíritu por la profesión religiosa. Sus monasterios estaban en las afueras de Betelia, en los cuales vivían bajo la dirección de San Hilarión, á quien iban á ver de tiempo en tiempo para recibir sus instrucciones. Se cuenta que como un día todos juntos fueran á visitarle, Malaquión fué arrebatado por un poder invisible y desapareció, y que enseguida apareció de nuevo y continuó el viaje con sus hermanos. Algun tiempo después murió aún joven, pero tan consumado en el amor de Dios, como aquellos que habían envejecido en la práctica de las virtudes religiosas. Por esto parece que su muerte sucedió antes que san Hilarión dejase la Palestina, es decir, antes del año 357. Sus tres hermanos vivían aún en tiempo del emperador Valente.

Sozomeno habla también de un santo solitario llamado Amonio que moraba cerca de Capharcobrán su país, á un

cuarto de legua de Betelia en el territorio de Gaza. Dice que practicó los ejercicios monásticos con singular exactitud, y que no cedía á los otros solitarios en fervor y amor de Dios.

VIDA MONASTICA DE LOS SANTOS PORPHYRIO, ZENON Y EPIPHANIO, OBISPOS ¹.

Quitáramos uno de los más hermosos ornamentos de esta historia, sino hablásemos de los obispos que edificaron la Iglesia con sus virtudes pastorales después de haber profesado la vida monástica. Cuanto más santo fué su gobierno, tanto más honrado quedó el estado de que salieron, y tanto mas derecho tenemos nosotros á hacer elogio de sus virtudes episcopales. Sin embargo nos extenderemos poco sobre estas, como no entrando más que indirectamente en nuestro plan, y trataremos de relatar fielmente cuanto sepamos de su conducta en la profesión religiosa.

Los tres obispos de que hablamos en este capítulo, honraron igualmente el episcopado y el estado monástico. Les sacaron de la oscuridad del desierto para colocarlos sobre el candelero; y ellos hicieron ver por los frutos abundantes que dieron al Señor trabajando en su vióa, que no habían permanecido ociosos cuando no tenían que cultivar más que su alma.

El primero de quien vamos á hablar es san Porphyrio, obispo de Gaza, esta ciudad idólatra de Palestina, que se resistió más que ninguna de estas provincias al celo de los

¹ Vit. PP., Sócrates, Sozomeno, Epiphanio, los bolandistas, Baronio Tillemont, Cotelier.

hombres apostólicos, y que por consiguiente dió más que hacer á los santos obispos que Dios le envió para librarla de sus errores y conducirla al camino de la verdad. La obstinación de sus habitantes llegaba hasta el furor; y siendo fomentada por los sacerdotes de sus ídolos, había sido tan fuerte, que los milagros de san Hilarión, cuya evidencia hería á los ojos, más bien los irritaban que los movían.

Gaza era, pues, como el baluarte de los paganos, donde todas las extravagancias de la idolatría estaban adoptadas y reverenciadas; donde la impostura de sus ministros seductores ocupaba la cátedra de la verdad; donde Jesucristo comparado con Marnas en nada era considerado; donde por fin el Evangelio era detestado y el nombre cristiano horrorizaba. Tal fué el campo que san Porphyrio tuvo que cultivar cuando la providencia se lo confió. San Asclepas, san Ireión, Eneas, su predecesor inmediato habían trabajado en este campo con poco éxito; y si él adelantó más la obra que estos, tampoco tuvo menos trabajos que sostener y menos persecuciones que sufrir. Sólo le faltó la gloria del martirio, pero mereció la de confesor.

Nació en Tesalónica, hácia el año 352 ó 353, y halló en su familia una gran nobleza sostenida de una grande opulencia. La educación que recibió respondió á su condición. Lo instruyeron con mucho cuidado en el estudio de las letras; y como estaba dotado de un espíritu igualmente penetrante que sólido, hizo en ellas singulares progresos. Adquirió después un profundo conocimiento en las santas Escrituras, lo que le sirvió mucho para refutar á los infieles y herejes.

Si en su casa se tuvo cuidado en cultivar su espíritu, se nutrió también en ella su corazón con la leche de la piedad; y mientras crecía en edad crecía lo mismo en amor de Dios. Dió mayor prueba de esto, cuando habiendo llegado á los veinticinco años, tiempo en que las pasiones son más

vivas, y en que los jóvenes abren los ojos con más reflexión sobre los objetos seductores del mundo, se separó totalmente de este por la profesión religiosa y se alejó aún de su familia y de su país para poner más grandes barreras entre él y el siglo que abandonaba. El desierto que escogió para su retiro fué el de Scete; es decir, como hemos dicho en su lugar, aquel que era el más apartado de los lugares habitados, donde se hallaban menos consuelos humanos, donde las austeridades eran mayores, donde los Padres que dirigían á los monjes tenían mayor reputación en la ciencia espiritual y en la santidad. Allí trabajó por espacio de cinco años en echar los fundamentos de esta eminente piedad á la cual llegó después por las prácticas que en tal lugar había aprendido. Después de este tiempo de ejercicio monástico se fué á visitar los santos lugares de Jerusalén, y se retiró en una caverna próxima al Jordán, donde después de otros cinco años la vida austera que llevaba y la incomodidad del lugar le hicieron contraer muchas enfermedades que le obligaron á hacerse conducir á Jerusalén por uno de sus amigos.

Por más que su cuerpo estuviese abatido por la enfermedad, él conservaba todo el fervor del espíritu; de manera que no faltaba en visitar todos los días los santos lugares apoyado sobre su bastón. Tampoco quería permitir que le ayudasen, diciendo que no convenía á un pecador como él el tomar auxilios, y que había venido á la santa ciudad sólo para obtener el perdón de sus pecados por la penitencia. También sufría sus males con tanta resignación, que se hubiese dicho que era otro, y no él el que sufría, sirviéndole de todo consuelo la confianza que tenía en la misericordia de Dios, la que endulzaba todas sus penas. En aquel mismo tiempo, Marcos, oriundo de Asia, quien escribió su historia, fué allí para satisfacer su devoción y adorar las huellas de Nuestro Señor en los lugares consagrados por su divina presencia. Este tuvo ocasión de conocer á Por-

phryio ; admiró sus virtudes y sobre todo su paciencia, se juntó á él en calidad de discípulo.

El Santo, quien no había dispuesto de sus bienes al dejar á Tesalónica, por tener hermanos menores, mandó allí á su discípulo para hacer la repartición con sus hermanos, y traerle en dinero aquello que de ella le debía tocar. Esto subió cerca de 4,500 piezas de oro. En su ausencia que fué de cuatro meses, san Porphyrio fué milagrosamente curado de todos sus males ; lo que sucedió del modo siguiente. Cuarenta días antes que llegase Marcos encontrándose más vivamente afligido por sus dolores se arrastró con gran pena hasta el calvario en donde cayó desfallecido. Estando entonces suspendido el uso de sus sentidos tuvo una vision, en la cual le pareció ver á Jesucristo sobre la cruz que hizo descender á aquél de los dos ladrones á quien había hecho misericordia, el cual le dió la mano, lo hizo levantar y lo curó.

Marcos le llevó la suma que ya hemos dicho, y él la distribuyó á los pobres y á los monasterios de Jerusalén y de Egipto que estaban en mayor indigencia, así como el producto de los otros efectos que vendió. Por esta distribución llegó al caso en que le faltó lo necesario, y no queriendo subsistir á espensas de su discípulo que ganaba su vida escribiendo, aprendió, á ejemplo de san Pablo, el oficio de curtidor para ganar la suya. No tenía necesidad para esto de una grande suma, pues su nutrición consistía en pan negro y algunas hierbas con un poco de vino, á causa de la debilidad de su estómago. Jamás comía antes de la puesta del sol, á escepción de los días de fiesta que comía al mediodía, añadiendo á su nutrición ordinaria un poco de aceite, de queso y algunas legumbres ; y practicó esta rigurosa penitencia aún después que estuvo agregado al clero de Jerusalén y también cuando fué obispo.

Su virtud y capacidad, aunque ocultas bajo el velo de la

humildad y de la penitencia, no pudieron ser largo tiempo ignoradas. Juan, obispo de Jerusalén, quien fué informado de ello, lo sacó de su retiro para hacerlo sacerdote á pesar de su resistencia, y le confió la guarda de la vera Cruz. Entonces contaba cuarenta años ; y este prelado tuvo bien pronto motivo de aplaudirse por la digna elección que había hecho. Había en su clero personajes de un mérito muy distinguido ; pero Porphyrio fué el que le honró más. Además de ser en extremo moderado en sus acciones y en sus palabras, y de no dejarse arrastrar nunca por el menor ímpetu, á no ser que fuera contra los enemigos de la fé, su rectitud, su humildad y su dulzura lo hacían querer y respetar por todos los fieles. Por otra parte añadiendo á un profundo conocimiento de las santas Letras y á muchas otras luces, un juicio sólido y un espíritu recto y penetrante, disputaba con tanta fuerza contra los infieles y herejes, que jamás dejó de confundirlos.

Jesucristo curándole de sus males en el arrebató que hemos referido, le había predicho que sería el guardian de su cruz ; y tuvo este honroso destino por espacio de tres años hasta que por una segunda revelación fué elegido para ser obispo de Gaza. Habiendo nuestro Enea que gobernaba á esta iglesia, el clero y el pueblo se reunieron para darle un sucesor ; y como se trataba de oponer á los idólatras de esta villa un hombre poderoso en palabras y en obras, lo que no era muy fácil encontrar, no pudieron quedar acordes y convinieron en elevar la cuestión á Juan, obispo de Cesárea, su metropolitano, que era tenido por hombre santo, adornado de todas las virtudes. Este prelado no comprendió menos que los cristianos de Gaza la importancia de hacer una buena elección para cumplir un cargo tan crítico. Recurrió á la oración y ordenó un ayuno de tres días, al fin de los cuales Dios le reveló que había elegido al sacerdote Porphyrio.

Al momento lo escribió al obispo de Jerusalén, quien habiendo llamado á Porphyrio le dijo que se presentara pronto á su metropolitano en Cesárea, sin descubrirle sus intenciones. El santo en la noche precedente había tenido un sueño, en el cual Jesucristo le ordenaba le devolviera el depósito de la santa Cruz que le había puesto entre las manos; añadiendo que le quería dar una esposa pobre, pero virtuosa, y recomendándole que tomara de ella un gran cuidado y que le preparara tan bien, que la pusiera en estado de olvidar su primera condición. Entonces no penetró el sentido de esta visión, y se fue con su discípulo Marcos á adorar la vera Cruz, como si presintiera que esta sería la última vez, volviendo después de esto á su obispo las llaves de este precioso depósito. Apenas hubo llegado á Cesárea, cuando Juan le declaró el designio que Dios tenía sobre él para el gobierno de la iglesia de Gaza; y sin dejarse conmover por sus lágrimas lo consagró obispo, y lo entregó entre las manos de los diputados de esta villa.

Luego que los idólatras de Gaza hubieron sabido su consagración, se enfurecieron más que nunca. Los de la campaña rompieron los caminos de Cesárea á Gaza; también le tendieron diversos lazos, é infectaron el aire con un humo espeso y fétido en los lugares por donde debía pasar, fuera para impedirle el tránsito fuera para hacerle perecer si podían.

Llegó sin embargo á su ciudad episcopal; pero después de haber sufrido todas estas incomodidades que la insolencia de estos rústicos infieles le hizo soportar. Marcos, su discípulo, le acompañaba con otro llamado Barocas, á quien había librado de la muerte con sus cuidados y el cual le servía por reconocimiento. En este mismo año hubo allí una extrema sequía, lo mismo que en los meses de noviembre y diciembre que en Gaza empezaban el año. Los paganos la atribuyeron á la llegada del nuevo obispo. Pues sus sacerdotes les habían hecho creer que Porphyrio traería la des-

gracia á su ciudad, y que su dios Marnas se lo había revelado. No faltaba más para conmover un populacho ignorante y obstinado en sus supersticiones. Hicieron rogativas y sacrificios á su Marnas para obtener la lluvia, pero ningún resultado obtuvieron. Fueron durante siete días como en procesión á un templo de las afueras de la ciudad cantando himnos á su modo, pero todo fué inútil. Los cristianos aguardaron que ellos hubiesen perdido toda esperanza de ser oídos, y enseguida se presentaron á Porphyrio rogándole que recurriera con ellos al verdadero Dios para hacer cesar esta sequía que ya empezaba á causar el hambre. El santo ordenó que por la noche se reunieran en la iglesia de san Ireneo, en donde la pasaron en preces, en cánticos sagrados y en lectura. También ordenó un ayuno para el día siguiente; y por la mañana salieron en procesión de la ciudad, precedidos por la cruz, é hicieron, cantando himnos, su primera estacion en la antigua iglesia, y de esta pasaron á la de san Timoteo. Volvieron á la ciudad continuando sus himnos y preces y haciendo genuflexiones en ciertos lugares en donde se paraban. Pero cuando estuvieron en las puertas los paganos ya se las habían cerrado. Sufrieron esta afrenta con cristiana moderación, y durante dos horas no opusieron más que gemidos y lágrimas, con las cuales acompañaban sus preces á Dios para obtener la lluvia que deseaban. Entonces un viento de mediodía cubrió de repente el cielo de nubes; se formó una grande tempestad y la lluvia cayó con una abundancia extraordinaria. Algunos paganos, tocados por un milagro tan visible, exclamaron: *El Cristo ha vencido, y él sólo es Dios*. Abrieron las puertas á los cristianos, y se juntaron á ellos, los siguieron hasta la iglesia, y no salieron de ella hasta que fueron puestos en el número de los catecúmenos. La lluvia duró cinco días, y al sexto los fieles celebraron con santo regocijo la fiesta de la Epifanía.

Antes no eran más que docientos ochenta, ó á lo más trescientos, contando las mujeres y los niños. Los que se convirtieron en vista de este prodigio llegaban al número de ciento sesenta y seis, y durante el transcurso del año aun hubo más de ciento que los imitaron. Estas nuevas conversiones escitaban cada día más el furor de los idólatras; no cejaban en causar al Santo pastor y á su grey todos los daños que podían. Aunque el emperador fuese cristiano, sucedia algunas veces que los gobernadores sólo lo eran en apariencia y por política, y que siendo aún paganos en el alma, no reprimían como hubieran debido, según las leyes del príncipe, la insolencia de los idólatras. También con frecuencia se los ganaba á fuerza de dinero para que tolerasen las vejaciones que hubieran tenido que castigar severamente. También los cristianos de Gaza tenían que sufrir mucho por parte de los paganos, á quienes la tolerancia del gobernador, ó pagano en el alma, ó seducido por las sumas que colocaban en sus manos, hacia más audaces y crueles.

San Porphyrio sufría esta persecución con tal dulzura, que algunas veces desarmaba á aquellos en quienes quedaba aún un poco de moderación. También exhortaba á su grey que sufriera con paciencia, y temperara el celo con la caridad. No cesaba de orar para obtener la conversión de estos endurecidos. Pasaba las noches enteras en estas oraciones, las cuales constituían su ocupación principal. Sin embargo continuando los paganos en maltratar á los cristianos y sobre todo á los eclesiásticos, creyó por fin deber recurrir al emperador para reprimir su audacia y contener sus vejaciones. Al efecto mandó á Marcos á Constantinopla con cartas para san Juan Crisóstomo, de donde era entonces patriarca, á fin de obtener por su mediación una orden del príncipe para demoler el templo de Marnas y de otras falsas divinidades, esperando que esto humillaria á ese pueblo

contumaz y lo conduciría poquito á poco á la fé. San Crisóstomo se prestó á ello gustoso: pero sólo obtuvo que se cerraran los templos, después de haber roto las estatuas, y que en ellos no se consultaría mas ídolo alguno. El santo obispo había caido enfermo por la aflicción que le causaba el endurecimiento de los idólatras, no pudiéndolos ver perecer así sin sentir por ello un extremo dolor; pero la buena noticia que Marcos le trajo, bien que no respondió del todo á lo que había pedido al emperador, no dejó de causarle mucha alegría, y de contribuir al restablecimiento de su salud. Siete días después Hilario, oficial del emperador, llegó para ejecutar la orden. Lo hizo en parte, pero dejó el objeto principal no tocando el ídolo de Marnas, y conservando una entrada secreta en su templo para consultarlo. El dinero de los paganos hizo más impresión en su corazón que su fidelidad al príncipe y á su conciencia.

Dios dió tambien á nuestro Santo el consuelo de convertir á sesenta y cuatro personas en ocasión de una dama que, habiendo estado de parto durante siete días con dolores increíbles, parió felizmente cuando una nodriza cristiana le escribió estas palabras: *Mirad lo que declara el obispo Porphyrio: Jesucristo, Hijo de Dios vivo, os cura; creed en él y viviréis.*

Pero ni los milagros, ni las virtudes del Santo podían hacer cesar las violencias de los paganos. Pretendieron excluir á los cristianos de los cargos de la ciudad; no los dejaban gozar de sus bienes en libertad; y añadían á esto violencias é insultos que se renovaban todos los días.

Porphyrio viendo que nunca cesaban, se fué á encontrar á Juan su metropolitano en Cesárea para rogarle le permitiera dejar su diócesis, no pudiendo ver sufrir á sus ovejas los males que los paganos les causaban sin quedar vivamente emocionado. Juan trató de reanimarlo, y le hizo presente que sólo Dios podía dispensarle de un cargo que él